aminitos de plata

ALEJANDRO BELLVER

12

Digitized by the Internet Archive
in 2019 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

https://archive.org/details/caminitosdeplata00bell

Ofrenda de alma

La noche del estreno de CAMINITOS DE PLATA tenía
a mis dos hijos en el teatro. La chiquilla asistió al
ectáculo con esa curiosidad un poco reconcentrada
denuncia a la mujer aunque juegue a muñecas toda-
El chiquillo se peleó con su madre, anduvo de
os con su abuelo, se atragantó comiendo bombones,
ó por todas las sillas del palco y acabó por dormirse
o en su cama.

Fué aquella noche cuando yo pensé que esta come-
de rapazas, para rapazas escrita, debía llevar al
te el nombre de mis hijos. ¡Cuán cerca y cuán lejos
aquella noche!... Hoy, al imprimirla, me falta uno
la dedicatoria: Alejandrito, mi hijo amado. Dios
uesto entre él y yo un muro de silencio. He muerto
oco al morir él. Algo se ha roto en mí definitiva-
te. Porque no hay ningún dolor que a este dolor de
er un hijo iguale. Yo llegué a pensar que no escri-
más. Y sin embargo, escribo; hay que escribir. En
risis definitivas del alma, eso salva. Y es en estas
s de la noche que yo consagro al trabajo, cuando
ita más hondo el alma del silencio; de ese silencio
Dios ha puesto entre mi hijo y yo.

A tí, Marita, una parte de esta cosilla. A tu herma-
uerto, lo más. Canito: Ya que no puedo mirarme
s ojos, «caminitos de plata que llevan al cielo», te
o lo mejor de esta comedia, todo el caudal de su
ra, como una flor: una flor pálida y suave...

722274

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
El Pájaro que se Adelantó .	Srta. Marita Casesn
La Hermana Teresa. . .	» Marita Juliá
Raquel.	» Marita Baldov
Rosario Olmedo. . . .	» Carmencita Dí
Pepita Monreal. . . .	» Purita Ramón
Patro García.	» Eduardita Per
Juanita Ballester. . . .	» Pepita Martíne
Encarnita Rivera. . . .	» Clotilde Ramo
Adelita Salvador. . . .	» Emilieta Clime
Lolita Estrella. . . .	» Marita Richar
Marita Fernández. . . .	» Amparito Ros
Nievecitas Sampedro. . .	» Amparito Clim

Pueden vestir de colegialas, además, todas las niñas de q
disponga, hasta veinte o veinticinco.

De época actual.—Derecha e izquierda la del actor.

ACTO ÚNICO

La acción en el huerto, jardín de un Colegio dirigido por manas dedicadas a la enseñanza, en la hora de recreo de la e. La escena una plazoleta, de la que parten senderos en as direcciones. De la izquierda se llega de las habitaciones a casa. Los senderos de la derecha llevan al huerto. En se-do término, junto al lateral derecha, una taza y al centro un idor. Junto a éste un banco. En primer término derecha puerta de salida a la huerta, disimulada por campanillas, y o a un viejo árbol, otro banco. Cierra la escena, todo el fon-un muro de poco más de dos metros de alto que remata una a de lanzas, de cincuenta centímetros. En uno de los lados fondo se ve una escalera de tijera, que se supone de uso del rgado de cuidar el huerto. Las seis de la tarde. Mes de o. Desde mitad de la escena va bajando la luz para acabar l crepúsculo. Todas las colegialas visten delantal blanco con gas y cuello vuelta azul. Raquel, sencilla, elegantemente illa, traje de calle, de mantilla. El teatro, sala y escena, á ras. Solo una luz de luna, luz suave, baña la figura de co-ala, de *El Pájaro que se Adelantó*.

egundos después de levantarse el telón sale por la primera erda la colegiala que hace *El Pájaro que se Adelantó*, vis-lo como ellas.

PRÓLOGO

El Pájaro que se Adelantó:

Hecho el silencio, la farsa empieza. Una farsa ible y bondadosa, que a risas y a lágrimas ha saber... Un temor nos asalta. Una interroga-se abre ante nuestro espíritu animoso. ¿Será

de vuestro agrado? ¿Sabremos darle aquel ma
que confunde la ficción con la verdad?... Aq
nuestro espíritu tiembla como un pájaro en man
de un niño. Ve que nada trascendental se te of
ce. No tuvimos la pretensión de hacerte pens
Es más humilde nuestro propósito; quisiéram
llegar a tu corazón por los caminitos del ser
miento, y te ofrecemos una página sencilla, in
nua, parlera; un trozo de jardín, donde hay
árbol viejo y una fuente rota, que asaltó u
asamblea de gorriones en la hora bella de
atardecer de Mayo. No des mucha importanci
cuanto los gorriones hagan o digan... ¡Digan,
¿Piensas que los gorriones no hablan?... Solo
en un lenguaje extraño y alborotado, que solo
nocen los pájaros y los niños. ¿Por qué no pro
rar sentirnos niños una hora? Este es el secre
Si os sentís niños nos comprenderéis mejor, y
que un hombre grave rechazaría por simple, t
drá para vosotros el perfume de una sabia re
lación. Acaso hagamos reir; acaso llorar tambi
Que ya convenimos que la vida, de niños y
grandes, es todo. Y que las risas y las lágrim
son fuente de ternura. Y ved cómo hemos d
con la expresión. Esto que venimos a ofrece
es... como una fuente, chiquitita y humilde, que
muñecas y de humildades, amor es. Toda fue
de ternura cegada produce tristeza. Esta co
armoniosa y cantarina, en ella beben los cer
tillos y en sus aguas tiembla, al cruzar alta
alma de una Hermanita muerta en gracia

os... (*Se oye rumor de risas de colegialas.*) La amblea de gorriones se impacienta. Quede aquí rumor de estas palabras, batir de alas de un aro, un pájaro más y el más torpe de la asamea, «El Pájaro que se Adelantó» y quede como a patraña contada por el viento, en una noche luna. Hecho el silencio, la farsa empieza.
(Desaparece «El Pájaro que se Adelantó» por la nera derecha, y se da a escena toda la luz, dejan- siempre, la Sala, a oscuras.)

ESCENA I

ientos después cruzan todas de izquierda a derecha, en andada, corriendo, llamándose por su nombre y apellido, endo, saltando, quedando en escena ROSARIO OLMEDO, que se ienta, abre un libro, disponiéndose a leer, y PEPITA MONREAL.

ita. ¿Tú no vienes?
ario. No, déjame. Aquí me encuentro bien.
ita. ¿Qué rara eres?
ario. ¿Por qué soy rara? ¿Porque no quiero ir con vosotras a decir cosas feas de las Hermanas, ni me gusta asomarme a las tapias del jardín a echar puñados de tierra a los que pasan, ni martirizo a Fifi?
ita. ¡Chica! ¿Todo eso hacemos nosotras?
ario. Vosotras, sí. Y tú, al frente de ellas.
ita. Por algo soy la capitana...
ario. Por algo te cargas los castigos de la clase.
ita. ¿Yo?
ario. Tú, sí; tú y Patro García, que sois las más revoltosas.
ita. Porque tú nos acusas siempre.
ario. ¡Eso es mentira!... ¡Eso no es verdad!
ita. ¡Verdad, verdad y verdad!... ¿Crees que no se sabe todo, mosquita muerta? ¿Quién le

contó a la Madre que fuí yo la que ató l
cacerola al rabo de Fifi, cuando salió dispa
rado por los claustros, como loco, haciend
escapar a las Hermanas y encerrarse en lo
dormitorios, como si el demonio anduvies
suelto en el Colegio?

Rosario. ¡No he sido yo, no he sido!

Pepita. ¡No he sido yo, no he sido!... ¿Y cuando vo
qué el tintero en el sombrero del padre ca
pellán? ¿Y lo de la tinaja?... ¿Quién fué co
el cuento a la Madre?

Rosario. No he sido yo. Te digo que no he sido y
Que me castigue la Virgen ahora mismo
no digo verdad.

Pepita. ¡Tú, tú que se lo cuentas todo a la Herma
Teresa!... ¡Soplona!

Rosario. ¡No, no!

Pepita. ¡No, no! ¿Y por qué te pasas aquí las hor
muertas con la Hermana? ¿De qué habláis?

Rosario. De... de cosas. ¡Es muy buena la Herma
Teresa! A ella no le gustan los chismes, ni

Pepita. ¡Oye, oye! ¡A ver si es que yo la he llamad
chismosa! ¡Vaya con la santita!

Rosario. No soy ninguna santita, pero prefiero leer
charlar con las Hermanas a correr por
huerta, y subir a los árboles, y entrar en l
sembrados, como hacéis todas.

Pepita. Bueno, mujer, bueno. Quédate. (*Sube has*
el foro derecha.) Oye, ¿estás enojada?

Rosario. No.

Pepita. Es que... es que yo quería pedirte un favo

Rosario. ¿Tú a mí?

Pepita. Yo, mujer. Que... que... que le dieses es
carta a Pepito, que estará ahí. Es muy fác
mujer. Verás. Te subes a esa escalera, mir
si está, le llamas, sacas el brazo y ¡hal
Es muy fácil. Yo no lo hago porque esta
con él Ricardito Fillol, y luego va y lo cue
ta en casa. Y como mis papás son amig
de los suyos... ¡Si tú quisieras!... ¡Anda!

Rosario. Bueno. Pero conste que yo no soy soplon

Pepita. ¡Sí yo no creo eso, tonta!... Ha sido p

hacerte rabiar. ¡Más buena eres!... (*La lleva al pie de la escalera ayudándola a subir.*) Así. No tengas miedo, que yo miro por si viene la Hermana. ¿Está ese?... ¡Huy, la Hermana Teresa!... (*Sale corriendo por el sendero último de la derecha.*)

sario. (*Que no se dió cuenta de la fuga.*) ¡Pepita! ¡Pepita! Que no se le ve. ¡¡Pepita!! (*Al volver la cabeza descubre, a la entrada de escena, primera izquierda, a la Hermana Teresa.*)

ESCENA II

ROSARIO OLMEDO y la HERMANA TERESA

Ter. Baje, baje. Y lleve cuidado, no se caiga. (*Rosario baja sofocada.*) Acérquese la señorita Olmedo.. ¿Con qué cartitas? Muy bonito, señorita, muy bonito y muy edificante.

Rosario. Hermana Teresa... yo...

H. Ter. No se esfuerce usted. Ya lo he visto. Lo he visto, y sabe Dios que nunca lo hubiera creído. ¡Rosario Olmedo, la más seriecita de la clase, encaramada a una escalera echando cartitas a un «hombre», que debe llevar babero! ¿Usted, como una Pepita Monreal o una Patro García?.. Nunca lo hubiera creído.

Rosario. Hermana... Perdóneme... Le aseguro a usted que...

H. Ter. Deme usted ese papelito, que está bailando en sus manos.

Rosario. No, eso no, Hermana. Yo lo romperé.

H. Ter. ¿Se niega usted a darme esa carta?... Está muy bien. Guardésela. Ya daré yo cuenta a la Madre, de su desobediencia, para que advierta a su mamá de usted.

Rosario. No. No diga usted nada... (*Entregándola*) ¡Por Dios, no la riña usted! Que luego me llaman soplona.

H. Ter. (*Leyendo.*) «Puedes venir cuando quieras con el *automóbil* de tu papá para eso *de hirnos* que dices. Soy *tulla*». Irnos con hache tuya con elle. ¡Jesús mío; perdónalas que no saben cómo escriben ni lo que escriben! «Pepita Monreal». ¡Era cosa de Pepita Monreal! Debí presumirlo.

Rosario. Me la dió para que yo la echase a su novio.

H. Ter. Y yo te culpaba de un pecado ajeno. Está bien, hija mía. Así son las cosas de esta vida. ¡Nos engañamos tan fácilmente, que no podremos vivir sin mucha indulgencia mucha piedad! Y ya que estamos expuestos a sufrir error a cada paso, siempre seremos menos malos si sabemos perdonar, como perdonó el Divino Jesús.

Rosario. ¿No la castigará usted, verdad?

H. Ter. No. Tranquilízate. Pero no vuelvas tú a aceptar embajadas de esta naturaleza. Y ahora, queda con Dios, que voy dentro a pedirle a El por la vida de la Hermana Rosa

sario. ¿Cómo está hoy?

Ter. Ya sólo espera en Dios. Dí a esas locas que no levanten la voz. Anda, dame un beso, y discúlpame si antes estuve injusta contigo. Todos pecamos y todos necesitamos del bálsamo del perdón para nuestros pecados.

sario. ¡Oh! Hermana... (*Sale segunda izquierda la Hermana Teresa. Rosario se retira al banco de la primera derecha. Por la tercera derecha, Juanita Ballester y Patro García, con un paquete de bombones ésta, comiendo de ellos, glotonamente, las dos.*)

ESCENA III

ROSARIO OLMEDO. JUANITA BALLESTER Y PATRO GARCÍA.

tro. Uno para mí, uno para tí y uno para mí.

nita. Oye, que así no sale la cuenta.

ro. No seas idiota. ¡A ver si me vas a enseñar tú a mí a echar cuentas!

nita. Bueno, no te enfades.

ro. Si no me enfado. Pero me gustan las cosas claras. Uno para mí...

nita. ¡Mira tú que si lo descubren!

ro. ¡Qué lo van a descubrir! ¡La rabieta que le va a dar a la Hermana Teresa cuando busque los bombones!

nita. Están buenos, tú.

ro. Mira, un crocante. Muy ricos están, muy ricos.

nita. ¡Si que va a tomar una sofoquina la Hermana Teresa!...

ro. ¡Que se chinche, la golosa!

nita. ¿Golosa la Hermana? ¡Si no prueba jamás el dulce!

ro. Tú eres simple ¡eso! Entonces, ¿para qué le trae todos los miércoles su paquetito de caramelos la demandadera? ¿Eh? ¿Para qué?

nita. ¡No sé!... ¿No será el que nos reparte los jueves por la tarde a la hora de recreo?

Patro. ¡Decían! ¿Para nosotras y no tocamos más que a tres caramelos? ¿Eh? Es para ella. ¡Si lo sabré yo! Este para mí.

Juanita. Oye, están pero que muy buenos.

Patro. Ya lo creo. Este es de uva. Uvas al coñac. Tú no sabes de esto.

Juanita. ¿Serán de París?

Patro. De... Constantinopla. (*Canturreando en cómico*). ¡Allá en Constantinopla, cuando el viento sopla! (*Descubriendo a Rosario.*) ¡Anda, diez! ¡Si está ahí la «Melindres»!

Juanita. ¿Lo habrá visto?

Patro. Tú, ¿quieres un bombón?

Rosario. No, coméroslos.

Juanita. ¡Claro! Así queda libre para contarlo luego.

Patro. Verás. Oye, Como le digas a la Herman Teresa que ésta se ha comido sus bombones te hincho los morros.

Juanita. Tú, tú, que también has comido, ¿eh?

Patro. ¡Ale! ¡Vámonos! (*A Rosario*). ¡Ya estás «enterá»! (*Salen por la segunda derecha. Por la segunda izquierda, la Hermana Teresa).*

ESCENA IV

ROSARIO OLMEDO. La HERMANA TERESA. Después PEPITA MONREAL por la segunda derecha.

H. Ter. Hazme el favor, hija mía, de llamar a la señorita Monreal. (*Sale Rosario segunda derecha*). Estas chiquillas... Allá van en bandada. Una bandada de pájaros. Como los pájaros, chillan, y se persiguen, y retozan al caer de la tarde, en las copas de las acacias del patio. Es su hora. La hora de los pájaros y de las muñecas. ¡Dios quiera se hayan repartido los bombones, que si fue una sola la que los comió es para enfermar!...

Pepita. ¿Para qué me quiere?

Rosario. No sé.

)ita. Ya le habrás descubierto tú lo de la carta.

Ter. Acérquese, acérquese, que aquí no nos comemos a nadie. Señorita Monreal: Del pupitre de la Hermana Enriqueta ha «desaparecido»... ¿le parece a usted bien lo llamemos así?

)ita. ¡Muy bien!

Ter. ¡Cállese, cállese! Tenga la bondad. Ha «desaparecido» el paquete de bombones que yo destinaba para las más aplicadas de la clase de mañana. ¿Sabe usted algo de su paradero?

)ita. Yo, no; pero ahora voy a ver quién ha sido la frescales...

Ter. ¿Qué es eso?... ¿Qué lenguaje es ese, señorita?

)ita. Es que yo no sé nada. Le juro a usted que...

Ter. No jure, no jure nada. No hace falta. Y hágame el favor de llamar a sus compañeras.

)ita. ¡Volando! (*Desde la segunda derecha, a voces, muy aprisa).* ¡Encarnita Rivera, Lolita Estrella, Marita Fernández, Nievecitas Sampedro, Juanita Ballester, Adelita Salvador, Patro García!... (*Interrumpiéndose*). Patro García se ha subido al limonero grande, Hermana.

Ter. Pues que baje, que baje con cuidado no le vaya a ocurrir lo de la otra tarde, que se le enganchó el delantal y quedó...

)ita. En pantalones, Hermana, en...

Ter. ¡Señorita Monreal! No necesitábamos saber, cómo quedó la señorita Patro García...

ESCENA V

ARIO OLMEDO, LA HERMANA TERESA, PEPITA MONREAL y todas las COLEGIALAS, que fueron acudiendo por la segunda y tercera derecha, quedando a este lado, en semicírculo irregular, tomando del foro.

Ter. Vamos a ver, señoritas. ¿Quién de ustedes *ha encontrado* un paquete de bombones que

yo dejé en el pupitre de la Hermana Enr
queta?

Encarni. Yo no se nada.

Adelita. Yo tampoco.

Nieveci. Ni yo.

H. Ter. ¿Ni tú tampoco, hijita? Ni usted, ni usted.
Ninguna de ustedes. ¡Vaya! Menos mal. N
pueden ustedes imaginarse el bien que m
hace saber que ninguna de mis muñeca
tocó los bombones. Estaba como muerta
¡Pensar que podriais haberlos comido, m
tenía asustada! Porque esos bombones, hij
mías, no eran de chocolate, como pa
cían, no...

Juanita. ¿Qué no eran de chocolate?

H. Ter. No hija, no. De la Botica los trajo esta m
ñana la demandadera y los destinaba
para los ratones que no dejan plato de dul
en la despensa; de ese dulce tan rico qu
prepara la Hermana Antonia. Estaban e
venenados. Ya veis, mi sobresalto...

Juanita. ¿Qué está... qué está... ban envenenados?

H. Ter. Sí, hija, sí; con una pelusilla de chocolat
para atrapar mejor a esos salteadores, qu
son golosos los diablillos.

Juanita. (*Echándose a llorar.*) ¡Ay! ¡Ay, Hermana Te
resa!

H. Ter. ¿Qué es eso?... ¿Qué te ocurre, hija?

Juanita. Que... que... ¡me he envenenado!

H. Ter. ¡Hola, hola! La señorita Juanita Ballester, h
comido los bombones.

Juanita. Sí, fuí yo la que los cogió porque me lo dij
Patro García...

Patro. ¡Mentira! ¡Eso es mentira!

H. Ter. ¿Qué es eso de mentira? Señorita García
¿dónde aprendió usted esas palabrotas? ¿Us
ted no ha participado de los bombones?

Patro. No sé nada. Yo no sé nada. (*A Juanita.*) ¿Po
qué me metes tú a mí en eso?

Juanita. Porque es verdad. Que si es verdad que y
los cogí, tú estabas de guardia en la puert
por si llegaba la Hermana Cuatro Ojos...

Ter. ¡Oh! ¡Oh! El diablo entró en el Colegio. ¿Qué es eso de Cuatro Ojos?

nita. La llaman así a la Hermana Profesora de música porque lleva gafas. Es ella la que le puso el mote.

ro. Diga usted que yo...

Ter. Guarde un poco de compostura la señorita García, que más tarde hablaremos de ello.

ro. (*A Juanita.*) En cuanto te pille a solas te pongo las narices p' arriba. ¡Mialas! (*Haciendo la cruz con los dedos.*)

Ter. Ahora, lo que interesa saber es si la señorita Patro ha comido o no los bombones.

ro. ¡Eso sí que no! Porque si yo los hubiera comido, me hubiera salido a la cara. Yo no soy como otras.

er. Pues miren cómo Dios la ha castigado. Acérquense, acérquense todas, y díganme si este hociquillo no está de chocolate que pringa. (*Salen todas riendo, quedando en escena Patro, Pepita, Juanita y Rosario.*) Ya levantaron el vuelo. Pueden ustedes irse con

sus compañeras. En cuanto a usted, señor
ta Ballester, tranquilícese. Los bombones n
estaban envenenados. Que sienten bien a la
dos, y otra vez ya procuraré yo no dejarlo
a su alcance. (*Salen Patro y Pepita por*
tercera derecha y Juanita por la primera d
recha, temiendo verse a solas con Patro.)
tú, hija mía, ¿no vas con ellas?

Rosario. Quisiera mejor quedarme aquí Hermana.

H. Ter. Pues quédate, hija, quédate. Pero... ¿qué
pasa? ¡Siempre tan sola!... No tomas par
en las diabluras de esa tropa; ni saltas con
ellas, ni ríes como ellas... Me asustas, hij
¡Una niña que no ríe nunca! Es esto m
raro, a menos de que esté enferma. ¿Lo e
tás tú? Cuéntame, anda. ¿Tienes penas? ¿
tienes confianza en la Hermana Teresa?

Rosario. ¡Oh! Sí. Mucha. Que la quiero como a
misma madre.

H. Ter. Eso no, hijita. Con menos me conformo. M
dre no hay más que una, como Dios, y
se debe querer a otra persona con ese qu
rer, que es como el perfume del alma;
más puro que tenemos las criaturas.

Rosario. Así será. Pero es que yo la quiero a ust
mucho. Estoy triste, sí. Y no sé si estoy
pecado. ¡A veces, sin saber por qué, me e
tran unas ganas de llorar!

H. Ter. ¿Alguna mala partida de esas locas?

Rosario. No. Es de mi madre, Hermana Teresa, es
mi madre. ¿Por qué no viene a verme
día, uno de la semana, los jueves, como v
nen las madres de las demás?

H. Ter. Porque tu mamá vive en un pueblo m
lejos.

Rosario. ¿En qué pueblo? ¿Dónde vive mi madre? Q
cada vez me escribe de un sitio, y siemp
distante, y cada vez más lejos... ¿Por q
no he de tener yo el consuelo de verla, don
sea, en una casita con un jardín, y poder
decir: «Esto hará ahora». «Ahora saldrá
visitas». «Ahora piensa en mí, junto a aq

lla fuente del patio». Es una gran pena, Hermana Teresa, una gran pena. A veces me parece que yo soy distinta a las demás, que yo soy peor que las demás, que yo no tengo madre como las demás...

er. Calla, calla, hija. No disparates.

rio. Sí, sí. Yo no veo a mi madre más que de año en año y sólo unas horas. ¿Y por qué, entonces, no le acompaña mi papá? ¿Por qué no quiere que le hable de él? ¿Es que yo no tengo padre como las otras?

er. Estás en pecado, hija. Dices bien. Te atormenta el pecado de la curiosidad, y te amontonas, y allá va esa cabecita en carrera loca de tonterías y despropósitos...

rio. No, no. Es que mi madre no es como las demás. Ni siquiera me lleva a su lado durante las vacaciones. Esto me da mucha pena. Mi madre es muy guapa, y muy elegante, y me envía muchas cosas, pero no es como las demás. El día de mi Santo...

er. Te mandó una medallita de oro, de la Virgen, y una caja de dulces, y limosnas para los pobres, y un cesto de flores para el Niño Jesús.

rio. Yo hubiera querido mejor un beso suyo.

er. *(Levantándose.)* Más habrá sentido ella no dártelo. ¡Pues no anda poco descompuesta esa cabecita de pájaro, Señor! Anda, ven; acompáñame a la capilla a pedir por la salud de la Hermana Rosa, si esa es Su Voluntad. Eso dará un poco de paz a tu espíritu, ¡qué mala cosa es entregarse a las carreras del pensamiento, cuando nuestros pensamientos se agitan en el reino de las sombras! ¡Vaya con las penas de la mocosa! Diga usted que quiere mimos y ha ido a buscarlos en la Hermana Teresa... *(Salen segunda izquierda, lentamente.)*

ESCENA VI

ADELITA SALVADOR, ENCARNITA RIVERA, LOLITA ESTRELLA y MARI FERNÁNDEZ, por la primera derecha.

Encarna. No seas estúpida. Esta (*por Lolita*) y y cogemos el gato. Esta (*por Marita*) hace guardia. Tú no tienes más que entrar en cocina, levantas la tapa de la olla, metes gato y la colocas poniéndola una planci encima. Si es de lo más fácil, ¿verdad, tú.

Adelita. Y luego, ¿qué pasa?

Encarna. ¿Cómo que «qué pasa»? ¡Está tonta ésta! Pues que llega la Hermana Loreto a prob el caldo, y al meter las narices en la o salta el gato y le da un susto morrocotu

Lolita. No tengas miedo. Yo estoy en el corred para avisarte si baja alguien.

Adelita. ¿Sí, verdad? Y se sabe luego que he sido la del gato y me dejan una semana sin dulc ¿Y qué hago yo entonces?

Marita. Pues te chupas el dedo. ¡Mira tú ésta con que sale!

Adelita. ¿Sabèis lo que he pensado?

Las tres. ¿Qué?

Adelita. Pues... ¡que no me da la gana de hacer es

Encarna. ¡Estúpida, más que estúpida! Mañana bu cas quien te apunte en clase de Historia, q lo que es nosotras ¡miau!

ESCENA VII

Dichas; y por la tercera derecha NIEVECITAS SAMPEDRO, berrean desde antes de salir a escena.

Encarna. Eh, ¿qué pasa?

Marita. ¡Anda, la *peque!*

Lolita. Ha cogido la lloradera.

Adelita. ¡Desahogate, hija!

Encarna. ¿Por qué lloras tú, bonita, angelito, mon

ecit. Porque... Pa... Pa... Patro... Gar... cí... cía... me ha tirado un zapato a la balsa...
arna. ¡Pues es verdad, chicas!
ecit. ¿Y qué ha... hago yo... ahora con... con un za... za... za...?
arna. ¡Zape!
ecit. ¡Zapato!
ita. Lo rifas y sales ganando.
ta. Ahora es moda.
a. Yo que tú la hacía una que se acordaba.
arna. Sí, rica, sí. Es lo mejor. Buscas a Patro, la das en la cabeza con el tacón del que te queda, y lo tiras a la balsa, para que le haga compañía al otro. ¡Ah! Y luego, ingresas en las Descalzas, ¡so lila! (*Salen todas riendo, en bulla, por la segunda derecha; la última, Nievecitas, hipando.)*

ESCENA VIII

or la tercera derecha, PEPITA MONREAL y PATRO GARCÍA.

ta. ¡Cuidado que eres torpe! ¡Mira que pillarte lo de los bombones!
o. Esa pava de Juanita Ballester que lo ha descubierto, que si no...
ta. ¡Y tu cara! Que parecía la del chico del zapatero, de pringue de chocolate.
o. ¡Bueno! ¡Bueno! Déjame de historias y vamos a ver si están esos ahí.
ta. Sube tú, y yo, desde aquí, veo si llega la Revista Pathé.
o. ¿Quién és la Revista Pathé?
a. ¡Anda, morena! ¿Pero no lo sabes? La Hermana Teresa. Lo sabe todo, lo ve todo...
o. ¡Qué tripas tenéis! (*Subiendo la escalera.*)
a. ¡Pues no, que tú! (*Pausa.*) ¿Están esos?
o. No hay nadie.
a. Se habrán cansado de esperar.
o. Toda la culpa la tiene la *Melindres*, que entretuvo aquí a la Hermana.

Pepita. Oye.
Patro. ¿Qué?
Pepita. La Hermana Teresa...
Patro. ¡Ay mi abuela! (*Bajando de un salto y re*
tirando la escalera.)
Pepita. ¡No, mujer! *(Riendo,)* No tienes tú poco mie
do. Si es que digo que la Hermana Teresa
ha salido de la capilla con Rosario Oimedo
Patro. Habrán ido a rezarle al Niño por la Her
mana Rosa.
Pepita. Está muy mala, ¿verdad, tú?
Patro. ¡Como que se muere a chorros!
Pepita ¡Pobre Hermana! ¡Esta ya tan viejecita!.
Patro. Yo ya la he perdonado!
Pepita. ¿Tú?... ¿De qué necesita ella que la perd
nes tú?
Patro. ¿De qué?... ¡Rechufa! Y me tuvo toda un
tarde en cruz, con las orejas de burro... T
verás si no es para tirarse del pelo.

ESCENA IX

PEPITA MONREAL, PATRO GARCÍA. Y por la pequeña puerta de l
primera de la derecha, RAQUEL

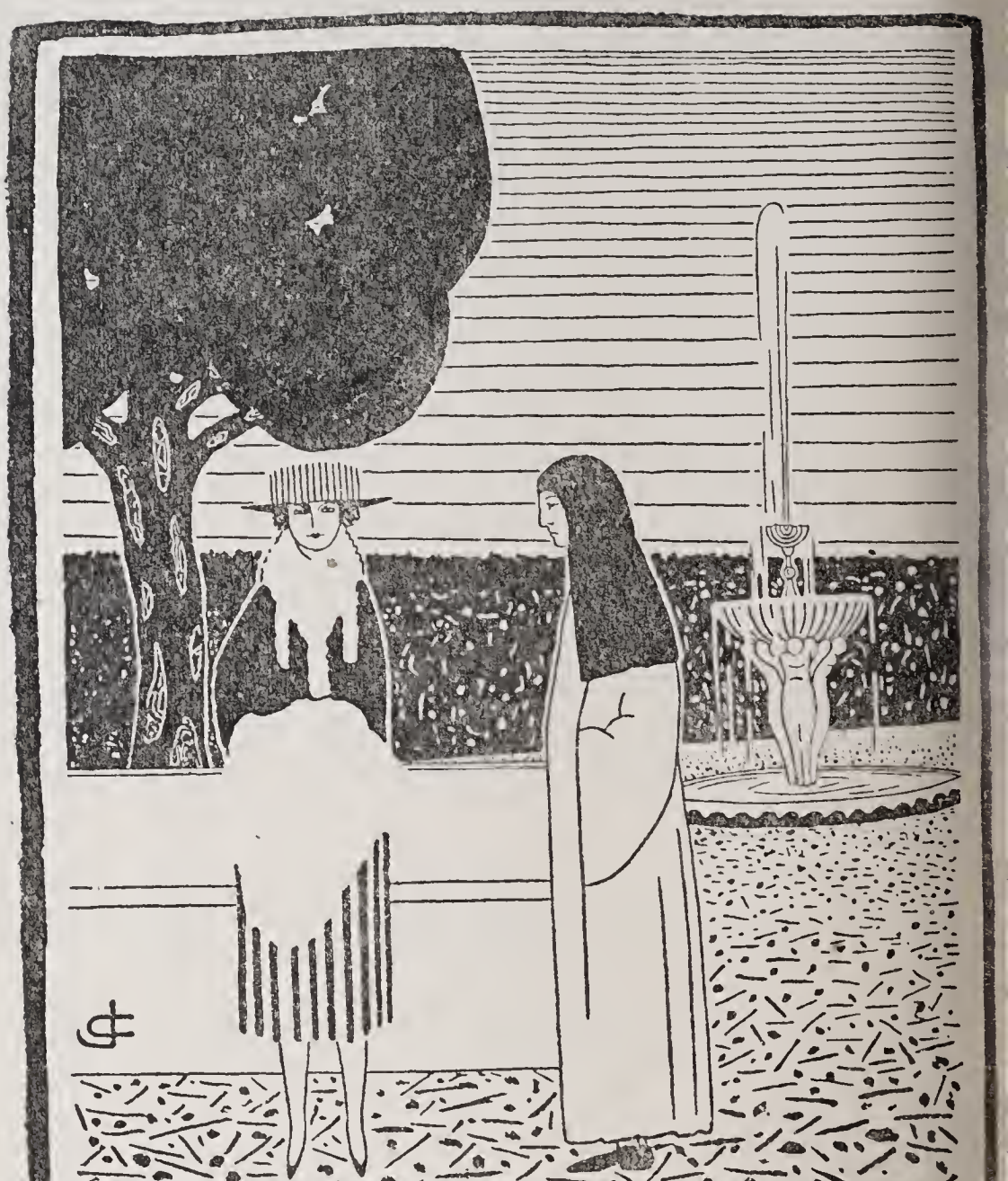
Pepita. Patro; mira. Una señora.
Patro. Estaba abierta la puertecita que da a l
huerta.
Raquel. Buenas tardes.
Patro. Muy buenas tardes, señora...
Raquel. ¿La Hermana Teresa...?
Patro. Debe estar arriba, señora.
Raquel. Si me hicieran ustedes el favor de avisarla.
Patro. Yo iré. ¿Que la busca quién?...
Raquel. Dígala usted que una persona que desea ha
blarle urgentemente. *(Sale Patro segund*
izquierda. Pausa.)
Pepita. Siéntese usted, señora. Parece usted can
sada.
Raquel. Y lo estoy, hija. (*Pausa.*) ¿No vas tú a juga
con las otras?

ita. La haré a usted compañía hasta que llegue la Hermana. Es decir, si no la molesta.
uel. ¡Molestarme! No, hija, no. (*Pausa.*) ¿Sois muchas en el Colegio?
ta. Pensionistas, quince. Además, están las medio pensionistas y las de párvulos. ¡Ya tiene que hacer, ya, la Hermana Teresa!
uel. ¿Se lleva bien con vosotras, la Hermana Teresa?
ta. ¡Oh! Por Dios. La Hermana Teresa es un ángel.
uel. ¿La queréis mucho?
ta. ¡Mucho!
uel. ¿Y ella?
ta. Nos llama sus muñecas. Es una madrecita muy dulce, que lo sabe todo y todo lo perdona.
uel. ¡Que lo perdona todo! Has dicho lo mejor que podrías decirme de la Hermana Teresa.
ta. ¡Si es verdad!... Aquí está ya, señora.

ESCENA X

A Monreal, Raquel. Patro García y la Hermana Teresa por la primera izquierda. Al final, todas las Colegialas.

). Esta señora...
er. ¡Raquel! (*A las colegialas.*) Está bien. Podéis ir a reuniros con vuestras compañeras.
). Oye, es guapa esa mujer.
a. Y tiene los ojos de la Hermana Teresa.
). ¡Puede que sea su hija!
a. ¡Qué bestia! ¡Mira que su hija!
). ¡Pues cosas así se ven muchas en el cine! A tí, como no te llevan nunca al cine...
a. Ni ganas.
. ¡Mira que echarnos! ¡Con lo que me gusta a mí meterme donde no me llaman! *(Salen las dos tercera derecha.)*



H. Ter. ¿Qué me quieres, Raquel?
Raquel. De despedida. Un beso y tu bendición, que yo sé que me llevará suerte...
H. Ter. ¿Y los viejos? ¿Cómo quedan?
Raquel. No han querido recibirme. Madre vino a verme sin que papá se enterase y su bendición me acompaña.
H. Ter. ¿Embarcas, por fin?
Raquel. Sí.

er. ¿A San Salvador?
uel. A San Salvador. ¿Lo sabías, pues?
er. Por la vieja. Como también que vendrías a verme. ¿Por qué no viste al viejo?
uel. No quiere saber nada de mí.
er. Debiste ir a casa por su perdón.
uel. Me hubiera echado.
er. Aunque así fuera. Era tu deber. Es tu cruz.
uel. Cada una es como es, hermana.
er. No eres muy humilde, Raquel.
uel. Bueno, Teresa. Eso no tiene remedio. Yo no les he hecho nada malo.
er. Saliste de casa sin su consentimiento.
uel. A otra casa honrada.
er. Donde te esperaba el novio.
uel. Mi marido después.
er. Debiste esperar que lo fuera por la buena voluntad de los viejos.
uel. No podía, no podía esperar. Tú no sabes de estas cosas. Ni los padres tampoco. No podía, no podía esperar. *(Llorando.)* Tú no sabes de esto.
er. Me basta con saber que son viejos, que sólo te tenían a tí y que has podido dejarles por un hombre.
uel. No, por Dios, hermana. Por un hombre al que quería. No me martirices. ¡Porque le quiero! El corazón manda, hermana.
er. ¡Dios te asista!
el. ¡Así sea! *(Pausa.)*
er. ¿Cuándo embarcáis?
el. El 28. Enrique va allá al frente de una casa de banca. Estaremos bien. Creo sería dichosa si tuviese a los viejos a mi lado.
er. No desesperes. ¡Dios querrá tocarles en el corazón!
el. Así lo deseo. Y ahora, tu bendición.
er. Si de algo te sirve, para tí y para los tuyos. ¡Que la Virgen te acompañe! *(Dentro, lenta, pausada, suena una campanita, que es la señal de que ha muerto una Hermana. Los toques deben partir de la izquierda. Afligidí-*

síma.) ¡La Hermana Rosa entregó su alma Dios! *(Por los senderos de la derecha acud las colegialas, calladitas, curiosamente em cionadas, atraídas por la campanita q anuncia la muerte en esta bella hora d crepúsculo. Por la primera izquierda, Rosar Olmedo, llorando.)* ¡Adiós, Hermana! *(R quel la coge una mano, que ella abandon la besa y sale apresurada, presa de inten emoción, por la puertecita que entró. L colegialas van avanzando hasta el centro escena, formando grupo de oración y amparo que rodea là figura de la Herma Teresa.)* Pequeñas, mis pequeñas muñe que no saben todavía de las grandes tris zas de la vida. Acercaos a mí, que os ne sita mi corazón sangrando... Que no falte nunca vuestro cariño: que pueda sie pre mirarme en el fondo de vuestros oj caminitos de plata que llevan al cielo... Hermana Rosa conoce de esos caminit ya... Orad por ella, que la oración de niños es siempre grata a Jesús. *(En súplica cielo.)* ¡Corazón de Jesús agonizante, ap daos de los que mueren en este instan ¡Corazón de Jesús en la Agonía,..! *(Lent*

TELON

El espíritu de esta fiesta

Como recuerdo de esta fiesta benéfica publicamos el *ludo* con que comenzó aquélla, admirablemente dicho por señorita Amparito Climent Mateu, escrito expresamente a el acto por el autor de *Caminitos de plata*.

Saludo:

Señores, señoras, y vosotras, gentiles damiselas que a a noche dáis la nota viva de vuestros ojos y la bella ex-vagancia de vuestras trenzas rubias: Oidme.

No es ésta, fiesta de propaganda ni de doctrina; está li- del pecado de rigidez de las ceremonias cortesanas, y ni uiera la tenemos por fiesta de cultura. ¡Oh! la cultura... nuestra pequeñez hemos llegado a dudar, un poco asus-as, si este achaque de la cultura no será la secreta dolen- que acibara nuestra vida, y si la fe, ingénua y fragante, tendrá un valor más absoluto que los conocimientos todos que se envanecen los humanos. Porque, observad, que ntras una teoría destruye a otra teoría, solo la fe se salva este naufragio de las disputas de los hombres, y que no argucia, ni sutileza, ni sofisma que eche abajo un senti-nto: el dulce sentimiento de la fe. Que es, en suma, el ritu alado de esta fiesta.

Venimos a exaltar la cándida lazada de la divina palabra naos como hermanos», que nunca como ahora estuvo el

mundo más necesitado de peregrinos de esta romería, glori so patrimonio, en todos los tiempos, de santos, de mujeres de poetas. Esta es la verdad; la humilde verdad. ¡Cuán tris que las verdades tengan que decirse con las mismas palabr con que se dicen las mentiras! Porque no basta tener ide buenas; será preciso realizar acciones generosas, si ha dársenos la paz necesaria en esa hora inquietante y fanta mal de la noche en que nos entregamos al reposo, al térmi de la jornada...

Hemos podido llegar a tu casa, y asaltarte en el Círcu y detenerte en la calle, a pedirte en intención de una bue obra; de ésta, cordial y acogedora. Mas luego pensam ¿Por qué no convocar a estos hombres hidalgos y a es damas gentiles, y ofrecerles la honesta distracción de u hora de música y la pobre pantomima de unas Marione locas, eso sí, muy buenas, acaso en este momento asomad curiosas a los rotos de esa cortina, que si levantáramos poco nos ofreciera el lindo espectáculo de sus zapatitos bla cos sobre el frágil listón de unas sillas posados, tal que u bandada de golondrinas sorprendidas en los hilos del te grafo... Y aquí estamos. No temáis discursos, ni gráficos, enojosas disertaciones acerca de la Caja Dotal y de su fu cionamiento. Has llegado hasta aquí; te trajo, la galantería el corazón... Pues has hecho acción buena, y basta.

Y pues que en el teatro, como en nuestra vida, lo m interesante es el silencio, el más bello verso el que no escribió y el mejor capítulo aquel que dejamos de leer acabe aquí nuestra charla. Señores, señoras, y a vosotr gentiles damiselas, las de los ojos negros, las de las trenz rubias; a todos: ¡Dios os guarde!

Játiva 26 de Enero de 1921.

Teatro, de Alejandro Bellver

La Sonata de los Pinos

Comedia en tres actos.

Al ritmo de la vida

Comedia en tres actos.

Caminitos de plata

Cosilla en un acto.

Muñecos

Farsa escénica en un acto.

"En el cielo hay un librito..."

Comedia en un acto.